

Homilía del Sr. Card. Mario Aurelio Poli

Ordenación de Presbíteros¹

Arquidiócesis de Buenos Aires

Parroquia San Benito Abad - Noviembre 2015

Queridos hermanos en Cristo Jesús:

Estos hermanos diáconos, acompañados por familiares, amigos y muchos seres queridos, serán ordenados para el ministerio presbiteral; por eso, es importante que consideremos la función que van a desempeñar en la Iglesia.

Es verdad que todo el santo pueblo de Dios ha sido constituido como un sacerdocio real por su incorporación a Cristo en el Bautismo; sin embargo, el mismo Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote, eligió a algunos discípulos para que ejercieran públicamente y en su nombre, el ministerio sacerdotal en la Iglesia, al servicio de los hombres. Él, que fue enviado por el Padre, envió a su vez a los apóstoles para que ellos y sus sucesores, que son los obispos, completaran en el mundo su obra de Maestro, Sacerdote y Pastor. Los presbíteros, por su parte, son constituidos colaboradores de los obispos con los cuales, unidos en un mismo ministerio sacerdotal, son llamados para servir al pueblo de Dios.

Después de madura reflexión y discernimiento, estos hermanos nuestros van a ser ordenados sacerdotes en el grado de presbíteros; así harán las veces de Cristo, Maestro, Sacerdote y Pastor, para que su cuerpo que es la Iglesia, se edifique y crezca como pueblo de Dios y templo del Espíritu Santo.



¹ Lecturas: Romanos 12, 1-13; Salmo 22; Juan 21, 15-19.



Al asemejarse a Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote y al unirse al sacerdocio de los obispos, ellos quedarán consagrados como auténticos sacerdotes del Nuevo Testamento, para anunciar el Evangelio, apacentar al pueblo de Dios y celebrar el culto divino, especialmente en el sacrificio del Señor

Por eso, queridos diáconos Enrique, Ezequiel, Sebastián, Santiago María y Tomás, que ahora serán consagrados presbíteros, deberán cumplir el ministerio de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Anuncien a todos los hombres la palabra de Dios que ustedes mismos han recibido con alegría, mediten la ley del Señor, crean lo que leen, enseñen lo que creen y practiquen lo que enseñan. Que la doctrina de ustedes sea un alimento sustancioso para el pueblo de Dios; que la fragancia espiritual de sus vidas sea motivo de alegría para todos los cristianos, a fin de que con la palabra y el buen ejemplo construyan ese edificio viviente que es la Iglesia de Dios.

Desde esta Iglesia naciente en Roma, el consejo del Apóstol San Pablo llega a nosotros invitándonos «por la misericordia de Dios a ofrecernos a nosotros mismos como una víctima viva, santa y agradable a Dios. Este es el culto espiritual que agrada a Dios». Estas palabras destinadas a las primeras comunidades cristianas y que se conservaron como un valioso tesoro, hoy iluminan los misterios que estamos celebrando, porque de esta Eucaristía y por el poder de la Iglesia que la celebra, surgirán nuevos ministros del altar y pastores de su pueblo, para ofrecer un culto agradable al Padre y conducir el rebaño a su Casa. La fuente primera de este don para su Iglesia es el Padre misericordioso, que en la plenitud de su revelación se manifestó en la persona de su Hijo Jesucristo, pastor de los pastores, fuente de todo ministerio para bien de su pueblo que peregrina en la historia.

El Padre eterno ha enviado a su Hijo, nacido de la Virgen Madre, revelándonos de forma plena y definitiva su proyecto amoroso. De modo que, quien lo ve a Él ve al Padre (cfr. *Jn* 14, 9). Desde su Bautismo, el ministerio profético de Jesús de Nazaret, con palabras y gestos, y con el proceder de su persona enseña y manifiesta el amor entrañable de su Padre por todos los hombres. Para perpetuar este gran río de la misericordia que busca salvar a la familia humana, elige –entre sus bautizados–, a algunos hombres para hacerlos participar de su ministerio mediante la imposición de las manos y la unción del crisma. De eso seremos testigos en unos instantes, porque el Señor permite que la liturgia exprese visiblemente lo que acontece en el misterio, lo que obra en el corazón de estos diáconos que –por la efusión del Espíritu Santo–, se convertirán en sacerdotes de la misericordia.

San Pablo, al exhortarnos «por la misericordia de Dios», nos pone ante la enorme deuda de amor por el don recibido al elegirnos y, por eso, nos recuerda que «todos nosotros formamos un solo Cuerpo en Cristo, y en lo que respecta a cada uno, somos miembros los unos de los otros». Esto significa que en la Iglesia, «el ministerio ordenado tiene una radical “forma comunitaria” y puede ser ejercido solamente como “una tarea colectiva”» (PDV 17). No podemos cortarnos solos; el ejercicio de nuestro sacerdocio dará muchos frutos si permanecemos unidos afectiva y efectivamente al Maestro, a su modo de amar, de perdonar, de comprender y ayudar a los hermanos a salir de las miserias humanas con entrañas de misericordia: así podremos ser fieles a la voluntad del Padre

No se guarden la unción que hoy se derrama sobre sus vidas. Tampoco se estimen más de lo que conviene, como aconseja Pablo, porque todo en nuestro ministerio es don. Cuando celebren la Eucaristía y distribuyan a la gente el pan de la misericordia que gusta a eternidad, y cuando perdonen los pecados de sus hermanos por el poder de la Pasión de Cristo, no dejen de alegrarse y de «dar gracias a Dios por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres» (Salmo 106).

Los fieles esperan encontrar en cada uno de ustedes, no solo un hombre abierto y comprensivo, que les presta oído y corazón a sus cosas y los recibe cálidamente, sino también un hombre que les ayude a confiar, a pesar de todo, en el Dios misericordioso que nunca se olvida de sus hijos. El mismo Pablo nos pide que «como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión, es decir de profunda misericordia, practicando la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia» (*Col* 3, 12).

Iniciarán su ministerio en las puertas del Año Santo que tiene por lema «Sean misericordiosos como el Padre». El Papa Francisco espera de los sacerdotes que nos convirtamos en signo vivo de cómo el Padre acoge a cuantos están en busca de su perdón (MV 18).

«San Ambrosio dijo que las armas del sacerdote son lágrimas y oración, el cual, armado con éstas, aunque muy blandas, pelea con gran confianza contra la justicia de Dios, ofreciéndose a sí mismo, a semejanza de muro, como otro Moisés, para que descargue Dios en él su ira, para que a cambio derrame sobre el pueblo su misericordia» (Del tratado de San Juan de Ávila).

El Evangelio de Juan nos presentó ese sublime diálogo entre Jesús y Pedro. No me imagino al Señor con una mirada de reproche, inquisidora; muy por el contrario, inicia y termina ese diálogo amoroso con suma ternura. Así hoy los mira a ustedes: Enrique, Ezequiel, Sebastián, Santiago y Tomás. El Señor también les pregunta: «¿Me aman más que estos?». Anímense, como Pedro, a responder con todo el entusiasmo de sus corazones jóvenes: «Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero».

Escuchen, entonces, la voz del Buen Pastor que hoy los unguirá: «Apacienten mis ovejas» (cfr. *Jn* 21, 17).

✠ Cardenal Mario Aurelio Poli
